



Despedidas (2008)¹

Yojiro Takita

Farewell

*... No sabiendo los oficios los haremos con respeto.
Para enterrar a los muertos
como debemos
cualquiera sirve, cualquiera... menos un sepulturero...*

LEÓN FELIPE

Versos y oraciones del caminante (1920)

No hay (una) manera de pensar en la muerte. Cómo podemos pensar la inexistencia, la nada, el no existir, dejar de vivir. La imposibilidad última de representarnos la muerte hace que tengamos infinitas representaciones de ella. Nos aproximamos a ese pensamiento con imágenes, metáforas o analogías. La literatura lleva y llevará siglos poniendo lenguaje a lo indecible de la muerte. Desde que hablamos sabemos que morimos. La cultura se constituye desde ese saber y para trascenderlo.

Para citar el artículo: *Despedidas*. *Revista de Treball Social*. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, abril 2017, n. 210, páginas 183-186. ISSN 0212-7210.

¹ Oscar 2008 como mejor película de habla no inglesa. Premios de la Academia Japonesa de 2009 en diez categorías, incluyendo mejor película, mejor guion, mejor director y mejor actor. Mejor película en el Festival de Montreal de 2008.

No hay cultura sin cultura de la muerte. El culto a los muertos, con sus rituales, ceremonias, mitos y ritos tratan de dar significación y sentido a algo que continuamente escapa a nuestra comprensión, incluso las modernas técnicas de elaboración del duelo no dejan de ser un esfuerzo por domesticar lo indomable. Por eso la muerte siempre deja secuelas. Las pinturas y esculturas que llenan los museos y los cementerios, buscan darnos una imagen que abarque eso que es inabarcable. Desde el ingenuo capitel románico al hiperrealista sepulcro barroco todos intentan dar cuenta de ese ser y, ya, no ser. Incluso las iglesias cristianas que se sustentan en la creencia de la existencia de un más allá, llenan sus lugares de culto con sarcófagos de santos, obispos, reyes o caballeros revestidos con toda su gloria terrenal pero sumidos en el *sueño de la muerte*. El sueño como metáfora de estar, pero no estar. Estar en otro mundo, en el otro mundo.

Hay un momento crítico, de traspaso, cuando la persona que hemos conocido viva deja de estarlo. Está *de cuerpo presente*, decimos. Ese cuerpo en el que aún podemos pensar con su voz y su mirada propias. El que hasta hace poco intercambiaba con nosotros pensamientos, palabras o caricias que eran vida, es ahora un cuerpo inerte al que comenzamos a percibir como cosa. Ahí comienza la despedida. Ese objeto del que nos despedimos aún no es recuerdo, aún conserva los sentimientos de los que han convivido con él. Su presencia invoca *todos* los sentimientos de los que se quedan: amor, respeto, pero también odio, envidia, culpa.

De ese momento de presencia y de ausencia habla *Despedidas* la película de Yojiro Takita. Se abre la película con un concierto. La orquesta interpreta el Himno de la Alegría de la 9ª Sinfonía de Beethoven ante una sala casi vacía. El gerente disuelve la orquesta, los músicos son despedidos. El violoncelista, el personaje de la historia, pierde su trabajo al que ha dedicado su joven vida; vende el instrumento para poder mantenerse; tiene que buscarse una nueva ocupación; de la antigua le queda el pequeño violoncelo infantil con el que inició su aprendizaje. Se nos habla de una pérdida común a muchos jóvenes en la actualidad, la del oficio o profesión al que han dedicado buena parte de su formación y de su proyecto vital. De un duelo que se engarza con los de otras pérdidas: la muerte de la madre, el abandono del padre y el envejecimiento e ingreso en una residencia de la mujer que le cuidó en su infancia. Sin demasiadas salidas, acepta un trabajo no solo atípico sino despreciable en su país, Japón: preparador de cadáveres. El pequeño negocio que le contrata se encarga de las tareas a realizar en el cuerpo de los difuntos, lavarlos, vestirlos, maquillarlos. Todo ello en presencia de los familiares, como parte de la ceremonia fúnebre. Nuestro músico va siendo formado por su jefe, un silencioso y austero personaje –alguien al que la dureza del oficio no le ha endurecido como al enterrador del

poema de León Felipe- pero paciente y comprensivo con las torpezas y dudas del joven. Es precisamente su inexperiencia la que le permite acercarse a su tarea con respeto y cuidado, como si la delicadeza con la que tañía el violonchelo la trasladara a la preparación de los cadáveres. Esto aleja su trabajo del rito y de la ceremonia. No es un rito porque no responde propiamente a ninguna creencia en concreto. "Atendemos a budistas, sintoístas, cristianos" dice en la película el dueño del negocio. La actitud personal del profesional en interacción con la familia presente hace que el gesto repetido se escape a la ceremonia para hacerse una pieza única, artesanal. Los miembros de la familia intervienen indicando el vestido preferido, los objetos amados que hubiera deseado que le acompañaran, el color de labios que destacaba su belleza. Entre todos crean ese momento y ese lugar, de transición entre la presencia y la ausencia, para decirle al muerto sus últimas palabras, pedirle perdón por sus faltas, hacer presente su pasado en común.

Necesitamos generalizar y atribuir a la cultura contemporánea nuestra relación con la muerte. También nos gusta pensar que en otros tiempos y culturas las cosas fueron o son diferentes. En parte es cierto. La modernidad tiende a ocultar la muerte. Tendemos a vivir como si nuestra vida no tuviera un final. La posesión de riqueza, la impostación de la juventud, el trabajo compulsivo sirven para crear la conciencia engañosa de eternidad. Indago y me informo que en el Japón estas cosas no son muy diferentes de nuestro mundo más conocido. El proceso que aparece en la película no es generalizado en ese país. Coexisten diferentes modos, rituales e incluso entierros tal como se realizan actualmente en nuestro entorno cultural (gestión de las funerarias, tanatorios, etc.). Hay un momento en la película en el que los trabajadores de una funeraria sin demasiados miramientos levantan un cadáver para depositarlo en el ataúd, y nuestro protagonista detiene la acción para hacerlo como él cree que se debe hacer. Es seguro que un mundo más apegado a las tradiciones había creado un conjunto rico de costumbres con los que elaborar la transición de la vida a la muerte. Los velatorios en el domicilio familiar, las plañideras, la procesión, el rito eclesial, las oraciones, los cánticos, los banquetes fúnebres, el enterramiento, cumplían esa función de dar visibilidad, gestos y palabras al silencio sordo de la muerte. Pero tampoco esta claro que estas costumbres no acabaran en ceremonias repetitivas burocratizadas y vacías de contenido. ¿A cuántos funerales más o menos tradicionales asistimos en los que ya sabemos las palabras que dirá el oficiante, los versículos que citará y el escaso consuelo que ofrecerá a los familiares?

Lo mortífero está en la repetición, en la rutina, en el acto protocolario, en el oficio vacío. La paradoja es cómo hacer viva la muerte; si el hecho de morir puede contener la vida. La vida del que la vivió con nosotros y la que nos queda sin su presen-

cia. Y si ese momento de traspaso puede ser un acto creativo y de verdad. Este es el valor del film. Por ello es una pena que una obra tan rica en hallazgos, tan cuidada en el gesto, se pierda en algunos momentos en escenas que rondan lo *kitsch*, como las del protagonista tocando el chelo con fondo de volcanes nevados. Son innecesarias, no añaden nada a la historia que se cuenta. Quedémonos con lo que nos vale. La idea de que la muerte puede contener la vida como la vida contiene la muerte, y que tal vez lo que se opone a muerte no es simplemente estar vivos sino la creatividad con la que vivamos.

Antonio Soler Aguado²

² Psicólogo clínico, psicoanalista.